

Las consecuencias del pecado hereditario

Conviene establecer una rigurosa distinción entre el pecado original o hereditario y las consecuencias de ese pecado. Como consecuencia del pecado, el hombre, la humanidad entera, vive en un estado malo, deficiente (Concilio de Orange, D. 174; véase el texto del Concilio de Trento § 132).

A diferencia de lo que sucede con el hombre inocente, el hombre hereditariamente pecador ha dejado de ser una aparición de Dios, en él ya no se refleja Dios. El empeoramiento producido por el pecado comprende dos órdenes, según la teología escolástica: *pérdida de los bienes sobrenaturales y debilitamiento de las fuerzas humanas naturales*.

1. La *pérdida de los bienes sobrenaturales* implica la falta de la vida divina, de la unión y semejanza sobrenaturales junto con las realidades y valores concomitantes (falta de la "gracia santificante", de las virtudes divinas, de los auxilios de la gracia benévolamente concedidos por Dios al hombre; véase el tratado sobre la gracia), así como la falta de los valores preternaturales con que había sido perfeccionada la naturaleza humana antes del pecado (inmortalidad, impasibilidad, falta de la desordenada concupiscencia).

a) Aun cuando la falta de la vida divina, es decir, la muerte espiritual, haya sido considerada como esencia del pecado original (§ 135), puede ser considerada también como *consecuencia de ese pecado*. En cuanto que designa la acción del hombre que se aparta de Dios, constituye la esencia del pecado original. Es un castigo, una consecuencia del pecado, en cuanto que Dios reacciona ante el apartamiento del hombre, apartándose, a su vez, de éste, oponiendo un no divino al no humano. La Escritura llama ira de Dios

al no divino lanzado contra el hombre. El hombre destituído de la gracia es un hijo de la ira (*Eph.* 2, 3), pero de una ira que no olvida nunca el amor, que rechaza al hombre pecador sólo para conducirlo a un estado de santidad y justicia (*Rom.* 11, 32). Es la ira del amor, que no puede tolerar que el hombre viva míseramente pudiendo vivir una vida de plenitud.

El hombre pecador ha perdido a Dios. El vivir lejos de Dios es, según San Pablo, vida de la *carne*. El hombre que impulsado por orgullo satánico quiere vivir autónomamente, que no quiere vivir en y con Dios, pasa a ser presa de las oscuras potencias que pululan en los espacios donde no domina el Espíritu Santo. Solo, abandonado, lejos de Dios, se convierte en presa de pecaminosas pasiones que le acosan y hostigan. En el hervor de sus pecaminosas pasiones experimenta el hombre cuán profunda es su perdición, hasta qué punto ha sido abandonado por Dios. Los pecados que comete son expresión y consecuencia del estado pecaminoso en que ha nacido y ha sido concebido.

Tanto el AT como el NT (aquí, sobre todo, los evangelios y las epístolas de los Apóstoles) pintan con los más vivos y téticos colores la perdición del hombre, su miseria, la sumisión al pecado. Cristo no reconoce la clasificación de los hombres en justos y pecadores (*Mc.* 2, 17). Son precisamente los que se tienen por justos los que no obtienen la salvación. Tan sólo hay hombres necesitados de la salvación caídos en el pecado. “Pues Dios nos encerró a todos en la desobediencia, para tener de todos misericordia” (*Rom.* 11, 32). No hay diferencia alguna. Todos son víctimas del pecado y a todos les falta la gloria de Dios (*Rom.* 3, 23). Nadie puede vanagloriarse de nada (3, 27). “...según que está escrito: “No hay justo ni siquiera uno, no hay uno sabio, no hay quien busque a Dios. Todos se han extraviado, todos están corrompidos; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas urden engaños, veneno de áspides hay bajo sus labios, su boca rebosa maldición y amargura, veloces son sus pies para derramar sangre, calamidad y miseria abundan en sus caminos, y la senda de la paz no la conocieron, no hay temor de Dios ante sus ojos” (*Rom.* 3, 10-18). La descripción no omite detalle alguno: “Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, de los que en su injusticia aprisionan la verdad con la injusticia. En efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó; porque desde la creación del

mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables, por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios y trocaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles. Por esto los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza con que deshonran sus propios cuerpos, pues trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos, amén. Por lo cual los entregó Dios a las pasiones vergonzosas, pues las mujeres mudaron el uso natural en uso contra la naturaleza; e igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío. Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas, y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad, llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos o calumniadores, aborrecidos de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados; los cuales, conociendo la sentencia de Dios, que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen" (*Rom.* 1, 18-32).

Dado este estado de cosas se comprende que todos los hombres necesiten la gracia de Dios, mediante la redención en Jesucristo, para obtener la justificación (*Rom.* 3, 24). El inicial apartamiento de Dios va aumentando cada vez más. Los deseos de la vida de la carne, es decir, de la vida del hombre alejado de Dios, son opuestos a los deseos de Dios. Porque la carne no se somete a la ley divina, ni siquiera puede someterse. Pero los que son de la carne no pueden ser del agrado de Dios (*Rom.* 8, 6, 7). "Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, o idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagarse, orgías y otras como éstas, de las cuales os prevengo, como antes lo hice, que quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios" (*Gal.* 5, 19-21). El Apóstol se siente dichoso al pensar que Dios le ha quitado el peso de la existencia carnal. "Pues cuan-

do estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, vigorizadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte" (*Rom.* 7, 5). El estado pecaminoso pone al hombre irredento bajo el dominio del diablo, del Señor de este mundo. Véase el § 124.

b) El "no" lanzado por el hombre contra Dios es al mismo tiempo *autonegación y negación de la comunidad humana*. En el interior del hombre mismo habita la contradicción. El hombre es un ser en sí mismo diviso, la homogeneidad de su naturaleza ha quedado destruída. Las tensiones que obran en su interior pueden alcanzar tales proporciones que, finalmente, desaparece la armonía entre las fuerzas. Ahora se desarrolla esta o la otra fuerza, aisladamente, desmesuradamente, sin relación con las otras; luego queda atrofiada o paralizada esta fuerza corporal, psíquica o espiritual. Todos los parcialismos y confusiones de la vida humana tienen aquí su fundamento y punto de partida. Animo y conocimiento, amor y vida sensitivo-corporal, dejan de constituir una armoniosa unidad. Las tendencias sensuales surgen de oscuros abismos y tratan de afirmarse las imposiciones de la conciencia y de la voluntad. Acechan el espíritu, siempre dispuestas a asaltarle, a encaidenarle y someterla a su dominio (concupiscencia desordenada). La concupiscencia no es un pecado, es una consecuencia del pecado; sigue subsistiendo en el hombre redimido y es en él una fuerza que le recuerda los horrores de la perdición. El hombre conoce el bien; no obstante impulsado por la desordenada concupiscencia, obra el mal. Quiere elevarse hasta Dios, pero el pecado traba y obstaculiza, dificulta la ascensión. Más aún, los mismos esfuerzos se convierten finalmente en pecado cuando no aprende a confiar solo en la gracia de Dios. "Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado. Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado, que habita en mí. Por consiguiente, tengo en mí esta ley, que queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apegas; porque me deleito en la Ley de Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley en mis

miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (*Rom.* 7, 14-24). De por sí, el hombre no tiene esperanza alguna de salir de este dilema (*I Thess.* 4, 13). Pero hay un camino señalado por Dios: Cristo Jesús (*Rom.* 7, 25).

c) El apartamiento de Dios en que vive el hombre hereditariamente pecador aparece con toda claridad en la *muerte* y en el *dolor*. El exterior del hombre se ha modificado de tal manera que el cuerpo deja de ser informado por la unión con Dios y la semejanza divina comunicadas al hombre entero. La muerte corporal es un signo de la muerte espiritual, del estado de perdición, del juicio divino que ha recaído sobre el pecador. Es un fenómeno que recuerda eternamente al hombre la maldición que le apartó de la fuente de la vida. Véase el tratado sobre los Novísimos. El hombre pecador está sometido, pues, al dominio de la muerte y de sus fenómenos concomitantes. El "dolor que incesantemente surge de lo profundo de la humanidad, en virtud de leyes naturales o debido a acciones libres, bajo la forma de tentación, confusión y obnubilación del espíritu y del ánimo, duda y error, enfermedad, sufrimientos, descomposición de las fuerzas vitales, muerte, pobreza y abandono, hambre, sed y toda clase de penurias, injurias, homicidios, injusticias, mentira, infidelidad, enemistad y guerra", es una potencia existencial, por todos conocidas, que nadie puede negar, que estructura la vida individual y social, de un modo al mismo tiempo doloroso y fecundo, una potencia que ha nacido con el pecado original.

El estar abandonado al dolor se traduce en nuestra vivencia como (sentimiento) de *angustia*. Heidegger ha descrito bien la situación existencial humana cuando afirma que la angustia arrastra al hombre ante su propio semblante, que en ella se manifiesta la constitución de nuestro ser, el estar pendientes sobre los abismos de la nada, de la muerte. Para el que cree en el pecado original y sus consecuencias, la angustia no es otra cosa que el conocimiento vivencial de la inseguridad de la existencia, desprendida de su más profundo fundamento, de Dios. La angustia es un sentimiento con que reacciona el corazón humano ante la situación de perdición y abandono; de ahí resulta que ninguna clase de razonamientos puede apaciguar, acallar, dominar el miedo profundo que surge de los más íntimos ámbitos del ser humano. Lo mismo que

sucede con los demás dolores, hay que asumirlo, cargar con él, hay que afirmarlo y llevarlo con paciencia. Dolor, muerte y angustia son fuerzas que estructuran también la vida del hombre a quien Cristo ha emancipado del pecado original, pero no tanto como instrumentos de la ira divina que como instrumentos de la justicia amorosa de Dios. En muchos hombres parece manifestarse con especial fuerza y extraordinaria violencia el sentimiento de perdición y abandono. Tienen que soportar sustitutivamente lo que pasa desapercibido para otros, o bien porque su espíritu y corazón se hallan en un estado de atrofiamiento o bien porque están ya completamente sumergidos en el amor de Dios (Véase G. von le Fort, *Die Letzte am Schaffott*; D. Feuling, *Katholische Glaubenslehre*, 1937, 319).

d) Otro hecho contribuye a empeorar la situación del hombre: no sólo en su interior obran fuerzas funestas, sino que también el *mundo que había de cultivar y cuidar ha sido afectado por la maldición* y se muestra hostil al hombre. La suerte del mundo depende de la del hombre. El cosmos forma parte de la historia del hombre. La caída del hombre ha sido una catástrofe para el universo entero. La maldición de Dios lanzada contra el hombre se extiende también al mundo subordinado al hombre. El texto del *Genesis* documenta esta conexión. No queremos decir con ello que antes del pecado del hombre no hubiese muerte y dolor en el mundo. Sólo al hombre se le prometió la inmortalidad. La forma de vida paradisiaca había de terminar para dar lugar a una nueva vida, a la vida celestial. Esta transición había de verificarse sin dolor, sin pasar por la muerte tal como ahora la conocemos. La Revelación no enseña que en la creación fuera del hombre no hubiese dolor ni muerte. También en el estado paradisiaco tenían que vivir los animales los unos junto a los otros y los unos para los otros. Es bien poco probable que a consecuencia del pecado humano los animales herbívoros se hayan convertido en animales carnívoros. Nosotros no podemos formarnos idea alguna sobre la vida de la creación fuera del hombre en el estado paradisiaco. Pero si bien la Sagrada Escritura no documenta la falta del dolor y de la muerte en esa creación, es cierto que la rebelión del hombre ha sido una verdadera desgracia para la creación entera. Al apartarse de Dios, el hombre ha arrastrado consigo a la creación unida con él. Al alejarse de Dios, el hombre se aleja de la fuente de la alegría, de la vida, del orden y de la luz. Por consiguiente,

la creación entera, con el hombre, que ha quedado sometida al dolor, a las tinieblas, al desorden, a la lucha y a la muerte. La muerte adquiere ahora mayor cala y una violencia que antes no tenía. Va unida a tormentos desconocidos en el paraíso. Cuando aparece prematuramente, sobre todo, parece carecer de sentido y no estar en relación con la totalidad de la naturaleza.

Los animales tienen que abandonar junto con el hombre el paraíso. El sufrimiento y la muerte dominan por todas partes. Caducidad y vanidad es el signo de la nueva situación del mundo. El orden del cosmos queda quebrantado. La lluvia no llega en el momento oportuno, el crecimiento se para, tiembla la tierra. El himno de la criatura se ahoga en el grito de dolor de la tierra a causa de la sangre que tiene que beber (*Gén.* 4, 10; *Job* 38, *Sal.* 146, 9). La tierra grita pidiendo a Dios ayuda y misericordia. Y Dios oye su grito. Dios oye el grito del joven cuervo lo mismo que el grito de la sangre de Abel.

El estado de guerra entre el hombre y la Creación, las catástrofes cósmicas, el crecimiento de malas hierbas, son, según Cristo, consecuencias del pecado humano (*Mt.* 13, 25-30; *Mc.* 4, 39).

Con la mayor claridad ha descrito San Pablo la conexión entre la suerte del mundo y la pecaminosa decisión del hombre: "Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; porque el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto, y no sólo ella sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu gemimos dentro de nosotros mismos suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo" (*Rom.* 8, 18-23).

Cuando San Pablo dice "sabemos", indica que la corrupción del cosmos producida por el pecado es un hecho generalmente conocido y reconocido. La criatura está sujeta a un funesto destino, no por su propia voluntad, sino por la voluntad del hombre, al destino de la caducidad, de la "vanidad", como dice San Pablo. Esto no quiere decir que antes del pecado del hombre no dominase la muerte en la Creación—como ya expusimos arriba—, pero lo repetimos para acentuar que es preciso no formarse ideas

fantásticas sobre el paraíso. Sólo al hombre le fué prometida la inmortalidad; el resto de la Creación estaba sometido a la ley de la mortalidad. Pero la muerte tenía otro sentido antes del pecado. Era el modo según el cual unas cosas estaban al servicio de otras, con natural abnegación, hasta el agotamiento del propio ser y vida.

El pecado introdujo en el mundo aquella otra clase de muerte, la muerte como símbolo del pecado, la cual carece totalmente de sentido ante los ojos del hombre que no reconoce la existencia de ese pecado (*Rom. 5, 12*). Esta muerte domina ahora en la naturaleza a modo de ley omnipresente. Por todas partes descubre nuestra mirada caducidad y corrupción. Por eso presenta la Creación un aspecto de profunda melancolía. También la belleza tiene que perecer (Schiller). La Creación ya no representa simbólicamente la gloria de la vida futura. Además, la Creación corrompida por el pecado tiene que servir a la corrupción. No es un símbolo de vida perenne y tampoco puede conceder al hombre vida perenne. Lo único que puede producir es vida condenada a morir. Todas las obras humanas hechas del material del cosmos llevan dentro de sí la muerte.

Y estas obras amenazadas por la muerte y siempre sometidas a su dominio, hay que arrebatárselas a la naturaleza a costa de cuantísimos trabajos. Sólo de mala gana presta al hombre aún este servicio de muerte. La naturaleza no le obedece. Si necesita algo, tiene que arrebatárselo a la fuerza. De este modo adquiere también el trabajo un nuevo aspecto. Es verdad que después del pecado sigue siendo lo que era antes: participación en el placer creador de Dios. Pero ahora va acompañado de penalidades y sufrimientos, de infertilidad y cansancio. Sigue siendo un don divino y una tarea encomendada por Dios, pero es una tarea que ha de ser realizada bajo condiciones penosas, lo mismo que el mundo sigue siendo el mundo de Dios, pero un mundo en el cual ya no se percibe con claridad la voz divina (§ 30). La rebelión de la Naturaleza contra el hombre tiene consecuencias todavía más funestas. Desde que ha recaído sobre ella la maldición de Dios está llena de horrores y enigmas, de malignidad y absurdos, hasta de engaño, de mentira y seducción. En esos cuentos donde se nos habla de malos espíritus del aire y del bosque, que hechizan y perjudican al hombre, se anuncia ese conocimiento y experiencia. Las cosas parecen disponer de una fuerza mágica por medio de la

cual atraen al hombre, le seducen a olvidarse de sí mismo, a olvidar a Dios y al espíritu.

El hombre, al volver la mirada en torno de sí, al contemplar la Naturaleza donde vive, descubre por todas partes la nada, la cual parece atraer hacia sus abismos las cosas que Dios ha sacado de ellos mediante la creación. El que sólo se deja guiar por la Naturaleza llegará por fin a parar en el nihilismo. En el "día grande" de la ira de Dios, la Creación se levantará contra el hombre a causa de su impiedad y con su obra destructora consumará el servicio de caducidad (*Ap.* 6; 8; 9; 11; 15).

Pero el destino de muerte no es la suerte final y definitiva de la Naturaleza. Lo soporta sólo de mala gana y hace muchos esfuerzos para libertarse de él. Los procesos de floración y madurez, todo su desarrollo en el transcurso de la propia historia son tentativas con que trata de libertarse de la maldición que grava sobre ella, buscando una forma definitiva de su ser. Las empresas culturales humanas son también ensayos con que el hombre trata de dar a la tierra su figura definitiva. Pero no podrá realizar nunca lo que pretende. Todas sus tentativas no tienen más que una importancia provisoria, aunque debe ser tenida en cuenta, pues son símbolos o semejanzas de la figura definitiva que Dios producirá cuando haya llegado el fin de los días. Como quiera que la Historia y el universo están orientados hacia esa forma de perfección, ni la Naturaleza ni el hombre pueden suprimir sus incesantes tentativas, a pesar de todos los fracasos. A eso se refiere San Pablo cuando dice que la Creación entera gime y anhela la redención.

Los poetas cristianos han percibido siempre esos gemidos y anhelos. Fr. Schlegel escribe lo siguiente (*Von der Seele*, ed. del año 1927): "Resuena un gemido por la naturaleza entera, hasta los confines donde brillan las estrellas. Canta la transfiguración y gime por ella y espera la hora en que le sea concedida." La poetisa A. von Droste-Hülshoff ha expresado el ansia de la creación en una impresionante poesía titulada *La criatura gimiente* (*Die ächzende Kreatur*).

El hombre no puede liberarse por sí mismo de su estado de perdición; y tampoco la Naturaleza podrá liberarse con las propias fuerzas de su forma de caducidad. Pero también a ella se le ha prometido que llegará el día en que quede libre de esa forma, no como resultado de la evolución inmanente, sino gracias a la intervención divina. También la creación fuera del hombre será liberada en Cristo de su estado de corrupción. La orientación ha-

cia el estado de liberación es lo que San Pablo llama “gemidos de la criatura”. La Naturaleza ha entrado en la Historia del pecado humano y del mismo modo ha entrado también en la Historia de la redención humana. La criatura llegará a su meta mediante el hombre.

2. A las pérdidas que acabamos de enumerar, de por sí bien considerables, viene a añadirse, según la convicción general de los teólogos, un nuevo daño: *la vulneración de las fuerzas naturales*. La Iglesia no ha definido nunca dogmáticamente la cuantía de esta vulneración. Dentro de los límites señalados por la doctrina de la Iglesia, la ciencia teológica ha desarrollado distintas y aun contradictorias opiniones, que van desde la plena confianza en las posibilidades que le han quedado al hombre hereditariamente pecador hasta una actitud de profunda desconfianza. La tendencia de confianza se halla representada, sobre todo, por los teólogos pos-tridentinos, que se veían precisados a combatir las exageraciones de los reformadores. Mucho se ha discutido sobre el problema de si las fuerzas humanas, la capacidad de conocer, querer, amar y recordar, han quedado debilitadas a consecuencia del pecado, de tal modo que el hombre hereditariamente pecador es menos inteligente que el hombre antes del pecado. La mayor parte de los teólogos lo niegan. Según ellos, la vulneración de las fuerzas naturales consiste en el hecho de que a tales fuerzas les falta lo que venían a añadir los dones sobrenaturales. La naturaleza del hombre hereditariamente pecador se halla en la situación del que poseía inmensas riquezas y ha llegado a perderlas a consecuencia de un golpe de la fortuna. Su situación es todavía peor que la del mendigo que nunca ha poseído nada, puesto que a aquél no sólo le atormenta la miseria sino también el recuerdo de la riqueza perdida. Esta opinión teológica no parece del todo aceptable, es demasiado optimista. Aun suponiendo que las fuerzas del hombre no hayan quedado directamente debilitadas a consecuencia del pecado hereditario, es cierto que en esas fuerzas producen graves daños los pecados personales, que se derivan del pecado original. El cuerpo, instrumento del espíritu, puede experimentar y sufrir tales trastornos que la facultad de conocer, querer y amar queda completamente paralizada. El pecado, ese “no” lanzado contra Dios y contra la más íntima esencia del hombre, esa rebelión contra el yo divino y hasta contra el yo humano, puede llegar a destruir completamente la personalidad del hombre, como sucede en la idiotez y en la

locura. Otra forma de vulneración es la siguiente: las fuerzas humanas han perdido la debida dirección; el entendimiento, la voluntad y el amor no están ya orientados hacia la verdad y la bondad. El hombre hereditariamente pecador tiene que esforzarse si ha de llegar a conocer la verdad, especialmente, la Verdad en persona, es decir, Dios. Para ello necesita la ayuda por parte de la instrucción y educación. Tiene que esforzarse para buscar el bien, sobre todo, el Bien en persona, o sea, Dios, necesitando ser guiado por la autoridad, que le ayuda a superar las dificultades. Continuamente tiene que hacer esfuerzos para superar su egocentrismo, a fin de orientar su vida hacia el "tú", en definitiva, hacia el Amor en persona, es decir, Dios.

3. Pero por graves que sean las consecuencias del pecado original y por grande que sea el dolor que el creyente experimenta ante el pecado y la miseria de la humanidad, conviene no perder nunca de vista los *límites de la corrupción humana*. En los decretos del Concilio de Trento y en otras manifestaciones dogmáticas de la Iglesia, han sido taxativamente señalados. El hombre no ha perdido a consecuencia del pecado la capacidad de tender hacia Dios. Sigue poseyendo la capacidad de oír en la creación la voz y llamada de Dios (conocimiento natural de Dios: véase § 30). Asimismo, es capaz, de algún modo, de acciones ético-religiosas. Puede percibir el llamamiento divino y puede responder a este llamamiento en un acto de libre decisión. Aunque la Sagrada Escritura acentúa enérgicamente que el amor, la esperanza y el amor son obras divinas, acusa también de pecado a los que cierran los oídos para no oír la voz de Dios. Explicaciones detalladas, en el tratado sobre la gracia. Santo Tomás, hasta opina que en el mundo del pecado hereditario se puede llegar a crear un determinado orden mediante la educación y la costumbre. Véase § 116. Contra los jansenistas, la Iglesia ha definido expresamente que no todas las obras de los incrédulos son pecado (D. 1.298). A ello parece oponerse una afirmación del Concilio de Orange (529), según la cual el hombre, de por sí, sólo tiene mentira y pecado (D. 195). Como se explicará al hablar de la gracia, el Concilio de Orange no afirma que sea internamente malo y un nuevo "no" lanzado contra Dios todo lo que hace el hombre en el estado de pecado hereditario; sólo enseña que las obras del hombre a quien le faltan los dones sobrenaturales, no están orientadas hacia el perfeccionamiento sobrenatural, y por eso, en definitiva, son de por sí absurdas, carecen de sentido.

La ejecución de tales obras no es una rebelión contra Dios, pero quedan dentro de la constitución fundamental del hombre hereditariamente pecador. Son obras que no trascienden hacia la esfera divina. El hombre hereditariamente pecador, sin la gracia, no puede ejecutar obras salutíferas (véase el tratado sobre la gracia).

Aunque el pecado hereditario no haya destruido en el hombre la capacidad de ejecutar acciones ético-religiosas, cabe dudar de si efectivamente las fuerzas humanas pueden orientarse hacia Dios sin la ayuda de impulsos divinos. Véase el § 30 y el tratado sobre la gracia. Con ese problema se halla en relación otra cuestión: si la humanidad se habrá visto en la necesidad de crear un orden en un estado completamente destituido de la gracia divina. Con toda probabilidad se puede afirmar que tal estado no ha existido nunca. Aunque la maldición de Dios recayó sobre la humanidad pecadora, es también cierto que a esa humanidad le fué prometida la venida del Redentor. La ira de Dios no es una ira que mata y destruye, sino que sana y santifica. En el plan original del mundo está prevista la encarnación del Hijo de Dios (*Col.* 1, 16; véase § 103); en ese mundo ha habido siempre un lugar desde el cual han irradiado bendiciones hacia todas las partes. La humanidad no ha estado nunca sometida al dominio del pecado, no ha vivido nunca en un estado de puro pecado. Nunca el Padre celestial ha dejado de ver y mirar el mundo con ojos amorosos, ya que ese mundo había de ser el lugar donde viviría y moriría su propio Hijo.

4. ¿Se puede *demostrar* la existencia del pecado original a base de *reflexiones y raciocinios* meramente naturales? No es posible tal demostración. La doctrina del pecado original es un absoluto misterio de la fe. Es cierto que nadie puede dejar de ver las consecuencias de tal pecado. Todos nos damos cuenta de que el mundo y el hombre que en él vive no están "en orden". Todos experimentamos en nosotros mismos el desgarramiento interno y la contradicción. Estos hechos pueden ser considerados como realidades irrevocables, sin preguntar por el sentido y por el origen. Podemos esforzarnos por soportar la vida con trágico y heroico pesimismo y podemos tratar de olvidar las tribulaciones y dificultades de la existencia entregándonos al goce de los valores y placeres que la vida sigue ofreciendo en este estado de caída. También podemos esperar que el progreso de la cultura llegará un día a su-

primir la miseria y penuria de la existencia. Al que objetase que a pesar de todos los esfuerzos no ha sido posible hasta ahora liberar al hombre de las miserias de la existencia, se le podría contestar que lo que no se ha conseguido hasta ahora puede conseguirse en el futuro. Con esta esperanza debería juntarse la esperanza de que el hombre llegará un día a vencer en sí toda la maldad, el egoísmo, el odio y la envidia, que son la fuente perenne de discordias y de luchas. Frente a tales razonamientos, la Revelación nos indica cuál es el misterioso fondo de donde brota el dolor humano, a saber: la rebelión contra Dios. El desorden visible es expresión, manifestación y signo del desorden invisible. Las faltas que se cometen contra las leyes inmanentes de la vida individual y colectiva son el resultado de la falta cometida contra la vida divina del hombre. Para subsanar aquel desorden hay que comenzar subsanando en primer lugar el últimamente señalado. El hombre llegará a estar en armonía consigo mismo, con la comunidad y con la naturaleza, si anteriormente está en armonía con Dios. Según lo que nos enseña la Revelación, el mundo es redimido por Cristo, que le conduce de nuevo hasta el Padre celestial. Cristo es el germen vital que se siembra en el mundo sometido a la muerte. Permanece todavía oculto y por eso es tan grande el poder del pecado. Pero ha de llegar la hora en que todo será transformado, y el mundo volverá a ser lo que fué el día primero de la creación, más aún, su hermosura será superior a la de ese día.

Aunque la existencia del pecado hereditario no se pueda demostrar racionalmente, la doctrina revelada nos enseña y explica por qué el mundo está sometido de tan funesta manera al dominio del dolor y del mal. La doctrina revelada es la clave que nos permite comprender el sentido de los enigmas que por todas partes nos rodean.

Escribe Pascal: "Es cierto, nada repugna tanto a nuestra razón como esta doctrina. No obstante, sin este misterio, el más incomprensible entre todos, no podemos comprendernos a nosotros mismos. El nudo de nuestra situación adquiere sus vueltas y revueltas en aquel profundo misterio de tal modo que sin ese misterio del hombre resulta para sí mismo más incomprensible de lo que ese misterio es para el hombre. Hay dos verdades de la fe, la una tan inmutable como la otra: la una, que el hombre en el estado de creación o en el estado de gracia ha sido elevado por encima de toda la Naturaleza, hecho semejante a Dios, en cierto modo, y participando en su divinidad; la otra, que en el estado de corrupción y pecado ha perdido aquella altura y que se ha hecho semejante a los animales" (véase Guardini, *Christliches Bewusstsein*, 98 y sig.).

La doctrina del pecado original explica, según Pascal, la *dignidad e indignidad*, la grandeza y miseria del hombre. Pero conviene no separarla de la doctrina de la redención. Tan pronto como se la considera separadamente, surge una falsa idea del hombre opuesta a las enseñanzas de la Revelación, puesto que quedan desmesuradamente destacados los aspectos de miseria y dolor de la existencia humana. El hombre existente ha sido redimido del pecado. Cuando San Pablo expone el estado de hereditaria perdición en que vive la Humanidad, lo hace para explicar la grandeza de la gloria que hemos recibido en Cristo. La descripción del pecado hereditario no es más que un tétrico trasfondo. No se puede hablar adecuadamente del pecado sin hablar al mismo tiempo de Cristo. Toda verdad queda falsificada no sólo cuando se la convierte en lo contrario, sino también cuando se la desprende del conjunto doctrinal a que pertenece. Toda verdad ocupa un sitio determinado que no puede abandonar sin convertirse en error. Los hombres se hallan en la misma situación que los náufragos que han escapado al peligro y se alegran de la vida que de nuevo han recibido. En sus cuerpos se perciben todavía las huellas de la lucha, pero al verlas aumenta la dicha que les proporciona la nueva vida. A la exposición de la doctrina sobre el pecado original tiene que seguir inmediatamente la exposición de la doctrina sobre la redención. En ésta se descubre el pleno sentido de aquélla. Como no se puede todo al mismo tiempo, hay que describir sucesivamente los elementos de que consta la realidad del hombre redimido. Pero, en realidad, el hombre no existe en el mundo del pecado, sino en el mundo redimido por Cristo.